

Homilías Domingo 32 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección [y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella].» Jesús les contestó: «En esta vida hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Han pasado dos mil años y todavía nosotros seguimos con la mentalidad de un Dios metido en un sepulcro. Seguimos pensando más en un Dios muerto y de muertos que en un Dios vivo y para los vivos.

El Evangelio de hoy nos habla claramente de que Dios no es un Dios de muertos sino un Dios de vivos y para los vivos.

Cuentan de un monje ilusionado por visitar el Santo Sepulcro. Cuando consiguió el dinero se puso en camino. En esto oyó que alguien le seguía:

- ¿A dónde vas, padre mío?

- Al Santo Sepulcro de Jerusalén. Ha sido la ilusión de mi vida.

- ¿Cuánto dinero tienes para eso?

- Treinta libras

Dame las treinta libras: tengo mi mujer enferma, mis hijos con hambre. Dámelas y da tres vueltas alrededor de mí, arrodíllate, póstrate ante mí y luego vuelve al monasterio.

El monje sacó las treinta libras y se las dio. Dio las tres vueltas, se arrodilló y volvió al monasterio.

Más tarde comprendió plenamente que el mendigo era el mismo Cristo. (Vida Nueva Cuaderno 5)

Somos capaces de gastarnos nuestros ahorros de treinta libras para visitar el Sepulcro de Cristo, y nos olvidamos que Jesús ya no está ni en Jerusalén, ni en el Sepulcro, sino que lo tenemos a nuestro lado, compañero nuestro de camino de cada día.

También las mujeres de la mañana de Pascua lo imaginaban en el Sepulcro, cuando en realidad, Él se estaba paseando tranquilamente por el jardín.

No nos duele gastar nuestro dinero en una peregrinación a Tierra Santa. Y no me parece mal. Yo la visité unas cinco veces. Y no estoy arrepentido. De lo que sí me arrepiento es que luego de haber ido tan lejos, luego no sea capaz de verlo y reconocerlo en el hermano que tengo a mi lado.

Porque la verdadera presencia de Jesús hoy la tenemos muy cerca de nosotros:

Lo tenemos en el Sagrario donde nos espera cada día.

Lo tenemos en los Sacramentos donde lo podemos encontrar a diario.

Lo tenemos en el hermano que está a nuestro lado.

Lo tenemos en el mendigo que nos alarga su mano porque tiene hambre.

Lo tenemos en el enfermo que sufre y con frecuencia está demasiado solo.

Lo tenemos en el que tiene sed y al que nos cuesta darle un vaso de agua.

Lo tenemos en el anciano que se muere de soledad más que de años.

Lo tenemos en el encarcelado que se pudre años entre unas rejas.

El Dios de nuestro fe no es un Dios de muertos.

Es el Dios que vive en los que están vivos.

Es el Dios que nos invita a encontrarlo entre los vivos.

Es el Dios que está en nosotros para darnos vida.

Anthony de Melo la historia de aquellos discípulos que le preguntaban al maestro si había vida después de la muerte, y el maestro respondió con una sonrisa. Extrañados le volvieron a preguntar el por qué de su respuesta evasiva, a lo que el Maestro respondió: “¿No habéis observado que los que no saben qué hacer con esta vida son precisamente los que más desean otra vida que dure eternamente?”

Cuando no somos capaces de vivir de verdad la vida entonces preguntamos por la vida eterna.

Cuando no somos capaces de vivir a Dios en nuestra vida, preguntamos por el Dios de la vida eterna.

Cuando no somos capaces de ver a Dios en esta vida, nos preocupamos si lo veremos en la otra.

Cuando no somos capaces de ver a Dios en el hermano, preguntamos si Dios existe.

Cuando no somos capaces de ver a Dios en el que sufre, preguntamos por la felicidad eterna.

Y tal vez lo peor es que para justificar la ausencia de Dios en medio de nosotros, preferimos poner en duda el Dios del más allá. Pero como tampoco nos resignamos a quedarnos en el vacío, nos inventamos un mundo parecido al nuestro un tanto mejorado, aunque luego esto nos vaya a crear problemas matrimoniales.

Dios es el Dios de los que han muerto y siguen viviendo en El. Pero antes es el Dios de los que aún seguimos vivos. Porque solo la experiencia de Dios en la vida puede ser garantía del Dios después de la muerte.

Necesitamos vivir a Dios no solo cuando estamos de luto. También necesitamos vivir a Dios cuando estamos vestidos de fiesta y disfrutamos de los gozos y las alegrías de nuestra vida. Dios no comienza después de nuestra muerte. Dios comienza con nosotros cuando nacemos. Dios no comienza cuando nos encontramos en el más allá. Dios comienza en nosotros cuando estamos en el más acá. "El que come mi carne y vive mi sangre tiene vida eterna".

Para encontrarnos con Dios no hace falta ir al Santo Sepulcro. Basta encontrarlo en el propio hogar: en la esposa, en el esposo y en los hijos.

Basta encontrarlo cuando salimos a la calle y nos topamos con el hermano necesitado.

Si queremos un Dios para la eternidad, primero debemos encontrarnos con el Dios que está en nosotros y nos está dando la nueva vida. Es un Dios para vivir

(B)

La llegada del otoño con sus hojas amarillas que van cayendo de los árboles nos ayuda a comprender fácilmente lo que significa el final de la vida. Es precisamente en este noviembre otoñal cuando la Iglesia tiene un especial recuerdo para los difuntos. Y hoy la liturgia nos dice plásticamente que nuestro Dios "no es un Dios de muertos sino de vivos..."

Nunca como ahora nos viene bien recordar esto, en un momento donde muchos creyentes con nuestro comportamiento damos la impresión de ser seguidores de un "Dios de muerte"...

El otoño tiene su parte de tristeza, pero no le falta su encanto, tal vez porque es el tiempo en que se termina la recolección de los

frutos del campo. También la muerte, siempre triste, es como el tiempo de la cosecha...

Podemos decir que el culto a los muertos es tan antiguo como el hombre. Y siempre ha sido un elemento fundamental en todas las religiones. No podía ser de otra manera. El hombre, amante de la vida, se resiste a morir para siempre. Un deseo tan universal y tan profundo no puede ser un deseo ciego sin posibilidad de verse cumplido.

En los tiempos actuales, a pesar de la enorme plaga de increencia, es el hecho inevitable y constante de la muerte el que hace que el hombre no prescindiera absolutamente de la religión.

Todos los días los medios de comunicación nos hablan de muertes. Tal vez por referirse a personas lejanas a nosotros, podemos acostumbrarnos a este tipo de noticias sin que nos impresione demasiado. Pero de cuando en cuando la visita de la muerte llega a nuestro mundo concreto, a nuestro pueblo, a nuestros familiares, amigos o vecinos...

Entonces es más fácil que nos haga reflexionar sobre lo que es la vida. De hecho entre nosotros la muerte tiene mucho poder de convocatoria y cada vez acude más gente a los entierros o aniversarios, tal vez porque los medios de comunicación lo hacen más factible.

Ello es siempre positivo, aunque sólo fuera por aquello de que el enterrar a los muertos es una obra de misericordia. Si además se aprovecha para orar y escuchar la Palabra de Dios, mejor que mejor... Pero habría que resaltar ciertas sombras existentes en este terreno del culto a los muertos:

- Nuestro Dios es un Dios de vivos... y la práctica religiosa no debe limitarse solamente al culto a los muertos. Sin menospreciar la buena fe de aquellos que tienen por costumbre ir a los entierros e incluso a misas de difuntos, hay que reconocer que el cristiano tiene el deber de dar culto a Dios también en otras ocasiones.

Reducir la práctica religiosa a sólo estos momentos supone un empobrecimiento que necesariamente da una visión fúnebre del cristianismo. Privarse de la gozosa celebración de la Misa del Domingo en la parroquia, con el argumento, de que soy creyente pero no practicante..., da muy poca consistencia a nuestra fe. ¿Se puede ser cristiano sin practicar? ¿Se podrá ser futbolista sin jugar

al fútbol? ¿Será posible ser ATS sin tener contacto con los enfermos? ¿Se podrá ser crítico de cine sin ver películas?.. y sin embargo, se puede ser cristiano sin practicarlo...

- El culto a los muertos no puede reducirse a un mero acto de sociedad. Ir a los entierros o a las misas por los muertos por mero compromiso, para ser visto por los familiares del difunto no deja de ser una manera más de guardar las apariencias. Y si algo rechazó Jesús, fue la hipocresía. Si además uno es cristiano y no participa en la celebración: dígame esto de los que pudiendo entrar en la Iglesia en el momento del funeral se quedan en la puerta de Iglesia no guardando el silencio sagrado que esos momentos requieren...

- El valor de la misa es infinito. La misa en realidad nunca es sólo por un difunto, sino por todos, los nombremos o no. Y por supuesto que su valor no depende del número de personas que asistan ni del lugar en que se celebre. Hay quien piensa que si encarga una misa y él u otras personas cercanas no asisten, ya no vale. Del mismo modo que algunos sólo aparecen por la Iglesia cuando hay misa por "sus muertos"...

Olvidamos, muchas veces, que la Misa no fue instituida primordialmente para rogar por los muertos, sino para reunir a una comunidad de cristianos que se alegran de escuchar a su Señor, y de participar de su Pan de Vida.

Creo que nos viene bien una reflexión en este sentido... y desde ella, decir que los que creemos en la resurrección de Jesús, hemos de descubrir a un Dios amigo del hombre y apasionado por la Vida del hombre.

En este año se nos invita a descubrir el verdadero rostro de Dios... A veces convertimos las exequias de nuestro difuntos, en misas de intercesión a Dios por nuestros seres queridos... Nada más ridículo. ..

Nosotros los buenos y Dios un juez severo, al que tenemos que aplacar con nuestros rezos y ruegos para que sea benigno con nuestro muertos...

Él es mucho más comprensivo, mucho más bondadoso...que nuestros pobres esquemas mentales. En sus manos están mucho mejor que en las nuestras...

“Si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que se las pidan”.

Y éste me parece un criterio fundamental: lo que un padre en sus cabales no haría, no se nos ocurra pensar que el Padre del cielo sí lo haría. Por ello no es aceptable pensar que ponemos contento a Dios "fastidiándonos" o privándonos de las cosas buenas que Él mismo ha puesto a nuestra disposición para que seamos felices. Un padre se siente profundamente feliz cuando ve a sus hijos disfrutar, pasarlo bien, gozar, vivir..

(C)

MÁS ALLÁ DE LA VIDA... LA VIDA

Que estamos viviendo una época de materialismo y hedonismo es innegable.

El famoso "panem et circensem" de los romanos tiene hoy una traducción perfecta y aumentada, porque comparado con los juegos que el momento actual puede proporcionar al hombre, los de la época romana eran de niños.

Los hombres viven como si no fueran a morir jamás. Trabajan sin descanso para acaparar, corren de un lado para otro intentando (según dicen) divertirse y gozar. Las revistas ponen delante de los asombrados lectores las vidas de los famosos que no descansan, los pobres, de fiesta en fiesta y de desfile de modelos en desfile de modelos.

Otros hombres, no tan afortunados (según el lenguaje usual), se esfuerzan por sobrevivir mirando con envidia a los afortunados que lo tienen todo y se lo pasan de primera.

Una contestación habitual en nuestras pantallas de televisión y en los medios de comunicación es: yo creo sólo en lo que veo. Más allá de la vida sólo hay vacío, nada.

Pues bien, los cristianos decimos que más allá de la vida está la vida. Hoy Jesucristo corrobora esta afirmación y avala con sus palabras la postura de los que, decididamente, dicen creer en la resurrección: El mismo será ejemplo incuestionable del triunfo de la vida sobre la muerte. La luz del Resucitado será la que se expandirá por el mundo dejando una estela que, veinte siglos más

tarde, sigue dando quebraderos de cabeza a innumerables hombres y dividiendo a éstos según la postura que tomen respecto al mismo.

Pero yo querría pensar un poco en voz alta sobre lo que debe suponer el hecho de creer en la resurrección. Quizá sería conveniente detenerse hoy a pensar que la resurrección en la vida de Cristo no fue un hecho aislado, sino el colofón de toda su vida, la rúbrica final de su existencia, la respuesta del Padre a un modo de entender el cumplimiento de la misión para la que había nacido. Metafóricamente hablando, claro está, Cristo ganó paso a paso la maravilla de su resurrección y la consiguió paulatinamente en cada momento de su vida. Cuando esa vida con todo el cortejo de luces y sombras, alegría y dolor, entusiasmos y depresiones, gozos y dolores fue asumida en plenitud por Jesús hasta terminar en la Cruz sin regatear esfuerzo alguno, descendió luminosa la resurrección y los discípulos tuvieron la certeza de que el Maestro había resucitado y los precedía camino de Galilea.

Jesús creía en la resurrección, y porque creía en ella no sólo la predicaba, sino que iba poniendo diariamente los presupuestos necesarios para que la resurrección pudiera ser un hecho, un hecho gozoso que cambiara definitivamente y para siempre su destino.

Esta es quizá la enseñanza que hoy podríamos encontrar en el Evangelio. No basta para un cristiano decir que cree en la resurrección. Lo hemos repetido muchas veces pero me parece que nunca suficientemente: el cristianismo no es solamente un precioso conjunto de doctrina, dogmas y declaraciones. El cristianismo es, fundamentalmente, un modo de vivir, una especial manera de estar en el mundo, de enfrentarse con todos los problemas que éste lleva consigo. Y en el aspecto sobre el que hoy reflexionamos, creer en la resurrección no es sólo una proclamación, sino una postura práctica que tiene que reflejarse en los presupuestos básicos sobre los que fundamos nuestra existencia.

Si el cristiano cree en la resurrección no tiene más remedio que demostrarlo. Dará así al mundo una prueba irrefutable de su creencia. No se puede decir que hemos elegido creer en la resurrección, que es creer que el Dios que está al principio de

nuestra vida estará también al final de la misma para transformarla definitivamente, sin ser consecuentes con esa creencia, sabiendo que ese Dios es el Dios que Cristo vino a desvelar a la tierra. Es decir, un Dios-Padre lleno de misericordia, de amor, de justicia, de comprensión, de sabiduría, de bondad. Es el Dios que sonrió al hijo pródigo, acarició a la oveja perdida, se alegró con la moneda encontrada, perdonó a Magdalena y fustigó a los escribas y fariseos hipócritas.

Crear en la resurrección es apostar por la vida, pero por una vida llena de unos presupuestos que, frecuentemente, no tendrán nada que ver con aquellos que constituyen la aspiración de los hombres que nos rodean y (digámoslo sinceramente) de nosotros mismos. Hoy Cristo, hablando a los saduceos, que con un ejemplo burdo quieren ponerlo en evidencia, deja claro que, después de la muerte, la vida. Hay que pedirle sinceramente que nos enseñe a creerlo, pero de verdad.

(D)

No es Dios de muertos, sino de vivos Lc 20, 27-38

¿Por qué hay que morir, si, desde lo más hondo de nuestro ser, nos sentimos hechos para vivir? Algo se rebela muy dentro de nosotros ante la muerte. La vida debería ser distinta para todos, más hermosa, más feliz, más segura, más larga. En el fondo vivimos anhelando vida eterna.

No es difícil entender la actitud, hoy bastante generalizada, de vivir sin pensar en «la otra vida». ¿Para qué, si sólo estamos seguros de ésta? ¿No es mejor concentrar todas nuestras energías en disfrutar al máximo de nuestra existencia actual? ¿No ha llegado la hora de escuchar al profesor Tierno Galván, «instalados perfectamente en la finitud» y aprender a vivir y morir sin refugiarnos en ilusiones de resurrección o vida eterna?

Son preguntas que están en la conciencia del hombre contemporáneo. Pero esta actitud, aparentemente tan sensata y realista, ¿es la postura más sabia o es, más bien, la resignación de quien se cierra al misterio último de la existencia mientras, en su interior, todo es protesta?

Sin duda, esta vida finita encierra un gran valor. Es muy grande vivir aunque sólo sea unos años. Es muy grande amar, gozar, crear un hogar, luchar por un mundo mejor. Pero hay algo que, honradamente, no podemos eludir: la verdad última de todo proceso -lo afirma la ciencia en todos los campos- sólo se capta en profundidad desde el final. Si lo único que nos espera a todos y a cada uno de nosotros es la nada, ¿qué sentido último pueden tener nuestros trabajos, esfuerzos y progresos?, ¿qué decir de los que han muerto sin haber disfrutado de felicidad alguna?, ¿cómo hacer justicia a quienes han muerto por defenderla?, ¿qué decir de tantas vidas malogradas, perdidas o sacrificadas?, ¿qué esperanza puede haber para ellos?, y ¿qué esperanza puede haber para nosotros mismos que no tardaremos en desaparecer de esta vida sin haber visto cumplidos nuestros deseos de felicidad y plenitud? El misterio último de la vida exige alguna respuesta. En alguna ocasión, E. Chillida decía así: «De la muerte, la razón me dice que es definitiva. De la razón, la razón me dice que es limitada.» Desde los límites y la oscuridad de la razón humana, los creyentes nos abrimos con confianza al misterio de Dios. La invocación del salmista lo dice todo: «Dios mío, en Ti confío, no quede yo defraudado» (Sal 25, 1-2). Lo único que sostiene al creyente es su fe en el poder salvador de ese Dios que, según Jesús, «no es Dios de muertos, sino de vivos». Dios no es sólo el creador de la vida; es el resucitador que la lleva a su plenitud.

P. Juan Jáuregui Castelo